



Capítulo 382 - Belial y Bulgaron

Zafiro, ahora con el rostro parcialmente cubierto de sangre, el pelo despeinado y la ropa hecha jirones, clavó sus manos en el suelo mientras se levantaba de nuevo —o lo intentaba. Morrigan la había dejado allí, abandonada temporalmente en el suelo como una muñeca rota. Pero la mirada del guerrero celta todavía brillaba con un hambre antigua, un placer casi infantil de desmantelar cualquier cosa que ofreciera resistencia.

Zafiro escupió sangre a un lado y gritó, con la voz cargada de rabia y frustración: "¡¡¡Deja de usar tus trucos de mierda para sellar mi aura asesina!!!"

Su aura parpadeaba alrededor de su cuerpo, atrapada, sellada en capas invisibles de energía encantada. Su poder asesino —normalmente pulsante y asfixiante como el humo tóxico— ahora parecía contenido, como una bestia atrapada dentro de una caja de cristal.



Morrigan respondió con una sonrisa peligrosa, haciendo girar la lanza de energía negra en su mano con cruel elegancia. El viento que la rodeaba parecía responder a sus pasos.

"Oh, cariño, si no lo sello... pierdes el control. Entonces no es divertido. Quiero verte pelear. No hay espuma en la boca."

Avanzó de nuevo, no corriendo—sino caminando con la confianza de alguien que sabe que el próximo golpe será decisivo. Cada paso hacía temblar ligeramente el suelo, como si la naturaleza misma temiera su presencia.

Dentro, Vergil entrecerró los ojos mientras observaba el campo de batalla.



"¿El aura asesina de Zafiro ha sido sellada...?" murmuró perplejo. "¿Es eso posible?"

Sepphirothy, todavía sosteniendo la taza de té en su mano, asintió lentamente.

"Autoridad de la muerte. Funciona en todos los aspectos de la existencia — cuerpo, alma, aura, incluso instinto. "Y tiene lo de la guerra junto con ello, lo que hace que la aplicación sea aún más precisa" Hizo una breve pausa y tomó otro sorbo. "Aunque es muy poco, su divinidad es funcional. Compacto, pero suficiente. Los dioses... están muy por encima de nosotros, Virgilio. Incomparable. Y nosotros, los demonios... seguimos siendo mortales. Sólo con energía de origen inferior."

Virgilio frunció el ceño, como si estuviera digiriendo algo particularmente amargo.

"Tch... patético."

"Es una pena", añadió Sepphirothy, mirando con cierto desdén, "que Morrigan sea tan estúpido"

No tuvo tiempo de terminar su pensamiento.

Afuera, Zafiro se levantó con un profundo gruñido, su postura vacilante se transformó en algo más sólido, como una bestia que endereza su columna vertebral. El suelo a su alrededor se agrietó bajo la presión de la energía acumulada.

"Ya veo", murmuró, su voz parecía resonar en la tierra. "Si quieres hacer trampa... entonces probarás tu propia medicina"





El Fuego Demónico del Clan Agares se encendió en sus manos, primero como brasas, luego como llamas salvajes, bailando entre sus dedos con un color rojo dorado casi líquido. La temperatura del campo cambió—incluso el aire a su alrededor pareció retroceder.

Con un rugido contenido, Zafiro aprovechó el poder de su linaje para darle forma.

Y entonces, allí, apareció el arma.

Una lanza demoníaca, forjada exclusivamente a partir de la llama ancestral del clan Agares. Alto, irregular, vivo. Su núcleo palpitaba de odio, rabia y un recuerdo antiguo.

Por otro lado, Morrigan levantó una ceja y dio un elegante salto hacia atrás.

"¿Por qué esa cosita todavía existe?" Ella se burló, haciendo girar su propia energía como un espejo perverso. "He luchado contra esa abominación—la original. Esa cosa... es una broma."

Su mano se abrió hacia un lado y, en respuesta, emergió una lanza negra — hecha de puro abismo, densa como un agujero negro, pero vibrante con energía primitiva. Fue la fusión de dos esencias — dos nombres olvidados por casi todo el mundo.

Sepphirothy observó con un ligero brillo en los ojos, murmurando:

"Belial y Bulgaron... esa combinación no se ve todos los días."





Virgilio giró lentamente la cara y miró fijamente a su padre.

"Pero... ¿no es Belial uno de los demonios de los 72 clanes?"

Sepphirothy apartó la mirada del campo y respondió, como narrando una leyenda personal: "Lo fue"

Hizo una pausa. El silencio parecía pesar más que la explicación.

"Sapphire mató al primer Belial. Ella destruyó el cuerpo, encarceló el alma y.... lo convirtió en una lanza"

Virgilio parpadeó lentamente, absorbiendo el peso de esas palabras. Pero en el segundo siguiente—fue como si un trueno le hubiera golpeado la columna vertebral.

Todo su cuerpo ardió en respuesta. Un calor repentino, como el despertar de un instinto primitivo. Su visión se volvió borrosa por un instante... y luego todo se aclaró.

El tiempo pareció ralentizarse.

Afuera, el enfrentamiento había comenzado.

Dos lanzas chocaron en el centro del campo destruido —la demoníaca, viva y palpitante con fuego antiguo, y la divina, densa como el vacío. El impacto no fue sólo físico—fue energético. Dimensional. La fuerza resonó como mil golpes de martillo contra el tejido de la realidad.





Una explosión de luz negra y fuego carmesí se extendió como una onda expansiva, agrietando la tierra, pulverizando árboles y haciendo vibrar el aire como si gritara de dolor.

Los ojos de Virgilio se abrieron. Fue como ver el infierno y el panteón en guerra, a través de una lente íntima.

Y en el centro de todo... Zafiro sonrió.

Sus pies firmemente plantados en el suelo, su cabello ondeando al viento como una llama viva, sus ojos se iluminan de pura emoción.

"Mis habilidades con la lanza", dijo, con la voz baja y afilada como una espada, "son mejores"

Y con un giro preciso, casi demasiado hermoso por el momento, redirigió la fuerza de su arma —canalizando el impacto como un maestro de artes marciales canaliza la energía— y arrojó a Morrigan a la basura.



El cuerpo de la diosa fue lanzado como un cometa oscuro, cortando el aire con violencia, cortando árboles como leña antes de estrellarse contra una pared de piedra con suficiente fuerza para romper la estructura desde la base hasta la cima.

Rosa de polvo. Los pájaros huyeron. El silencio regresó...por sólo un segundo.

Entonces Zafiro hizo girar la lanza en el aire con una mano, como si fuera luz—una extensión de su propio cuerpo.



Y ella sonrió. "¿Quieres usar la Autoridad de la Muerte conmigo, perra? Necesitarás más que eso."

Virgilio permaneció inmóvil en el hueco de la escalera destruida, observando a su esposa como si la viera por primera vez. "No recuerdo lo fuerte que es", murmuró Vergil y Sepphirothy suspiró.

"Bueno... si no le hubieras puesto una correa, verías muchas otras cosas, ya que es el demonio más temido de este mundo, pero la convertiste en una muñequita enamorada." Sepphirothy se encogió de hombros.

"No es que me queje, ayudó a la mitad de la humanidad y a todos los demás ciclos... ¿Imagínese si hubiera tratado con el Papa? Ella fácilmente habría creado una Guerra Santa." Sepphirothy dijo

Antes de que Morrigan pasara corriendo junto a ella y se estrellara contra la pared, escupiendo sangre.

"Oye, perra, levántate." Zafiro dijo: "¿No es esto lo que querías?" Ella gruñó: "VAMOS, PUTA"

